

Texto: **Joaquín Araújo**

La contaminación sonora genera un residuo que por desgracia va a parar a uno de los más delicados órganos sensoriales del ser humano, que así ve convertirse su propio organismo en un vertedero. Ya lo es, en parte, por culpa de la contaminación atmosférica, no menos por la química que se incorpora a través de los alimentos. Pero nada tan voluminoso, persistente y acaso grave como esa fea caterva que se nos cuele por los oídos. Entre otros motivos porque afecta al lado emocional. En realidad como agresión a la sensibilidad que es, se escapa de alguna forma a los convencionales parámetros usados en temas ambientales. Todos los deterioros del entorno tienen, por supuesto, un efecto en la salud humana. Tanto es así que algún día Sanidad y Medio Ambiente irán de la mano a todas partes. Pero estos incansables arañazos al cerebro arremeten contra la estabilidad mental. Es decir, que pueden producir serios trastornos psicológicos. Al tiempo que reducen esos mínimos de sosiego que resultan básicos para la calidad de vida.

Poco tan mayúsculo, pues, como enfrentarse a la eterna carcoma que roe las vigas del descanso de tantos. Bien saben, ese 90% que vive en ciudades y otros grandes núcleos habitados, que el enemigo de nuestros tímpanos no descansa ni se aleja. Incluso más de un tercio de la población está bajo una contaminación acústica ilegal. Si nos atenemos a las manifestaciones de los afectados se podría afirmar que la mayoría, en queja universal, considera que sufre niveles intolerables de agresión al silencio. Por lo que, a menudo, esta forma de deterioro es considerada como más incidente que los procesos que afectan al aire, el agua, los suelos. Pero hay mucho todavía por escudriñar. Quedan pendientes más investigaciones al respecto. Por mucho que un excelente plantel de investigadores de CSIC lleve mucho tiempo trabajando en temas de contaminación acústica.

Lo primero, por tanto, sería conocer en profundidad cual es la situación real. Para lo que ya se han ido dando algunos pasos. Cada día contamos con información más fiable, más extensa – tanto en el tiempo como en el espacio – procedente de los

equipos, tanto fijos como móviles, de medición de las vibraciones y distorsiones acústicas. Tareas en su inmensa mayor parte municipales, pero a las que se insta, ayuda y completa desde la administración del Estado. Con todo aún nos movemos entre esa ya vieja consideración de que España es el país menos sigiloso de la Comunidad Económica Europea y las impresiones de que por estos andurriales nuestros todo en el aire es ruido.

Como con las otras enfermedades del aire, o que nos llegan por el aire, lo primero que nos acomete es la imposibilidad de encontrar escudos, refugios o amparo suficiente. La anemia contagiada a los tabiques por la prisa y la codicia no es de fácil arreglo. A lo que se suma que la velocidad sigue saliendo impune de la contienda relacionada, no sólo con el ruido, sino también con el cambio climático, la descontrolada artificialización del territorio o la movilidad eficiente y respetuosa.

En cualquier caso, tras la transposición de la Directiva Comunitaria y la ley del 2003, han sido puestos a la difícil tarea dos reglamentos. El último con un oportuno sentido de la anticipación, desde el momento en que se imbrica con las nuevas normas para la construcción y con los planes urbanísticos. Se crean índices de máxima contaminación mucho más exigentes y espolea la culminación de los mapas del ruido en nuestros centros industriales, grandes vías de comunicación, aeropuertos y por supuesto zonas residenciales.

La estampida de los decibelios, la batahola incesante, ha comenzado a ser controlada. Conviene, por tanto, no darle nuevas oportunidades con más infraestructuras, sobre todo ese puñado de aeropuertos completamente irracionales como los de Ciudad Real o Castellón de la Plana.

Lo que no excluye a nadie, ni mucho menos exime.

Como con todo lo que alcanza tan constante y desparramada condición, la contaminación acústica no sólo nos afecta, sino que también nos compete su solución. Toda disminución del uso de cualquier tipo de motor además de ahorrar transparencia, reduce esa tortura llamada ruido. 